

sencié y no me cansaba de ver los estrambóticos movimientos, no obstante que el viento soplaba con fuerza envolviendo a los danzantes en nubes de polvo y haciendo muy desagradable la estancia. A veces parecía como que se ahogaba la voz del chamán bajo la masa de partículas de tierra que llenaban el aire y cubrían las caras de los tres hombres. Mas ellos permanecían quietos como estatuas, con excepción del cantor, que de vez en cuando escupía la tierra que le entraba en la boca, bebía un trago de agua de jículi y proseguía su canto.³²

Las descripciones de Lumholtz son abundantes y están plagadas de referencias, parece que absorbía con todos sus sentidos y su intuición esas atmósferas llenas de emociones, personajes y misterios. En muchas ocasiones da cuenta de detalles curiosos que desatan en él mismo la polémica y lo conducen a reflexiones profundas sobre tópicos que tienen que ver con la religión, la política, la filosofía, las relaciones humanas, las ciencias naturales. Evidentemente observó más allá de sus propios propósitos; sus relatos dan cuenta no sólo de la experiencia científica, sino de la de él mismo, pues en sus reflexiones e interpretaciones se traslucen sus anhelos, sus fobias, sus prejuicios, sus valores, conforme descubre un complejo país pluriétnico, desmembrado, injusto, desconocido de sí mismo y lleno de alianzas, intereses y complicidades, atrapado en el progreso porfiriano, pero además hermoso y pleno de recursos y culturas.

Las grabaciones realizadas por Lumholtz son de incalculable valor por tres motivos primordiales: sus contenidos son una importante muestra de dos culturas de profunda raigambre amerindia del noroeste del país, tienen el privilegio de ser las primeras en todo género de música o expresiones orales realizadas en territorio nacional, y forman parte de un proyecto innovador que propone el ejercicio de la antropología con base en un método de estricto rigor científico.

³² Ibídem, p. 275.